numerocero.es

literatura artículo algo se mueve en barcelona (2)

Algo se mueve en Barcelona (2)

Nueva narrativa catalana en español

Publicado el 07.05.13

por Jordi Corominas

@jordicorominas

Leer primera parte

RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ O EL DESENMASCARAMIENTO DE LAS IMPOSTURAS.

Antes de conocer a Rubén Martín Giráldez lo imaginaba, parafraseando a Rubén Darío, políglota y cosmopolita, devorador de manuscritos y con una charla veloz e ingeniosa. Al entrevistarle descubrí que mis sospechas no eran infundadas. Cumplía la trilogía de requisitos, algo que intuí con su primera obra, construida a partir de la figura del legendario e invisible escritor americano, 'Thomas Pynchon, un escritor sin orificios' (Alpha Decay, 2010). En el pequeño volumen que le encargó la editorial dirigida por Ana S. Pareja y Enric Cucurella ya mostraba unas señas de identidad bastante concretas, desde su afán de cuestionar los cánones establecidos hasta el frenesí de su prosa. Rubén es un escritor culto y por eso puede enmendar la plana a la tradición y replantearla, porque la conoce. Decía Enrique Vila-Matas que no se puede hacer vanguardia sin conocer lo clásico, porque de otro modo caes en la pura impostura. El autor de 'El mal de Montano' tiene más razón que un santo, y creo que Martín Giraldéz sigue a rajatabla el precepto. Con su Pynchon demostró una precisión quirúrgica que hacía de lo mínimo un máximo. Las dos cartas anónimas son un artificio, característica que como veremos se repite en 'Menos joven', que meten el dedo en la llaga, saltan de un concepto al otro con inusitada celeridad y, una vez nos han dejado sin respiro, atentan contra el buenismo imperante en una cultura que parece haber olvidado la necesidad de una crítica que lo sea de verdad, sin tapujos ni palmaditas en la espalda.

La operación se reproduce a mayor escala en 'Menos joven' (Jekill&Jill, 2012), que alterna la sabiduría de los referentes con la modernidad más irreverente hasta en su doble cubierta, amarilla y casi surrealista en la fachada, sobria y gallimardesca si te atreves a descubrir las dos caras de la misma moneda. En el falso programa de radio que representa el libro los concursantes participan con la misión de localizar a sus ídolos para darles caza, desenmascararlos. Rubén, como el caballo de Bogdano, es un francotirador sin pelos en la lengua, que arremete, apunta, inventa neologismos si el vocabulario así lo requiere y nos regala notas en lápiz, esbozos de una totalidad que mantiene sus constantes de fondo y forma. Los libros del padre de Bogdano son como los de los consultorios médicos con el agravante de ofrecer un contenido que no casa con el título. La misión del literato, que con ello incita al lector a seguir sus pasos, es abrirlos y enmendar el error, fallo sistémico que desde lo chusco paternal llama al orden de revolucionar el cotarro y ofrecer nuevas herramientas para una nueva época que, no obstante, debe beber de lo que muchos consideran vetusto para poder romper con los límites.

Visto lo visto, la explicación que Rubén me ofrece en relación a su referente barcelonés sólo ratifica nuestro análisis: " No he perseverado: buena parte de los escritores barceloneses que leí durante la adolescencia me dejaban más o menos frío —cuando no me provocaban un rechazo frontal por su temática, género o uso del lenguaje—, hasta el punto de convencerme (es muy probable que estuviese equivocado, todavía no lo sé: no lo llames gusto cuando puede tratarse de incapacidad, no te apresures) de que no encontraría aquí lo que me interesaba leer: algo más festivo en la forma, más vivo, menos temeroso de quién sabe qué, menos respetuoso hacia quién sabe qué, menos pendiente de los gustos de quién sabe quién… En definitiva: terminé volviendo a Juan Goytisolo. Creo que fue por algún artículo suyo a propósito de mi recién descubierto Jean Genet. A Goytisolo (para mí no hay otro Goytisolo, cuantos más Goytisolos adoren las religiones de vuestros amigos, menos confianza deberíais depositar en ellos; conozco a uno que le reza a un total de seis Goytisolos; pero aquí, en esta cabeza, si no fuésemos alérgicos a ese tipo de teína, seríamos monoteístas) lo había leído de niño en unos tomitos de obras completas de la editorial Aguilar. Suma «adolescencia» y «tomitos» (suma «niño», incluso) y obtendrás el resultado: para mí, todo lo que va de 'Juegos de manos' (1954) a los relatos de 'Fin de fiesta' (1962) forma un amasijo trinchado, una ración de patata enmascarada, ya que hablamos de catalanes".

"Algo más clara tengo la lectura, también compulsiva y, entonces sí, reveladora, de 'Reivindicación del conde don Julián' y de todas sus novelas autobiográficas de ese período. Que una autobiografía podía ser también una sátira, y que una estructura autobiográfica permitía producir una novela son cosas que ya debería haber comenzado a sospechar leyendo desde el 'Tristram' de Sterne hasta la 'Edad de hombre' de Leiris, pero no se me tenga en cuenta".

"Ahora hojeo ese libro, por ejemplo, y mi fascinación no puede extrañarme: referencias al 'Diario del ladrón', Maldoror, Sade, párrafos en chorro: «vehículo necesario de la traición, hermosa lengua tuya: instrumento indispensable del renegado y del apóstata, esplendoroso y devastador a la vez: arma aguda […]». (¡Si veo que le he copiado el gusto por los dos puntos dentro de los dos puntos!) La prosa de esa época de Goytisolo daba la impresión de ser la escritura de un hombre que había despertado a algo, todo lo contrario a ese faenar de otros escritores, a ese oficio que difícilmente le venderás a un joven (a un joven vivo, se entiende)."

JAVIER LÓPEZ MENACHO O LA VERSATILIDAD QUE RADIOGRAFÍA

A diferencia del triunvirato que acabo de diseccionar, los dos últimos autores de mi propuesta se muestran más apegados a un cierto tono realista que en absoluto desentona con el legado y el presente. Javier López Menacho es jerezano, vive en Barcelona y tiene el honor- según me comentó con mucha razón el otro día su editor, Enrique Murillo-de habernos ofrecido el primer libro que aborda en primera persona el drama de la crisis, y lo hace sin los fuegos artificiales de determinadas novelas que por querer rizar el rizo se han alejado de su objetivo inicial.

'Yo, precario' (Los libros del lince, 2013) ha interesado a los medios por ser una crónica de los padeceres laborales de un chico que para pagar el alquiler a final de mes ha sido una chocolatina, un empleado de una odiosa compañía de telefonía móvil, auditor de máquinas de tabaco y speaker de los partidos de la selección española en un cine de la periferia rica de Barcelona durante la Eurocopa de 2012. Captar la función social del libro es sencillo, porque Javier expone los hechos con humildad, diáfana claridad y con un lenguaje cercano, como si estuviera comentándote sus desgracias en la barra del bar. Sí, todo esto es cierto, pero si nos quedáramos sólo con esta vertiente desmereceríamos a un autor que hilvana con cada una de sus sufridas peripecias crónicas periodísticas cargadas de lirismo en la adversidad, crónicas que retratan el malestar, viñetas extendidas en la superficie.

Los puñetazos que López Menacho propicia dan la vuelta a la tortilla de su experiencia. El maltrato y el desdén, la explotación tercermundista de nuestra generación merecían ser denunciados con contundencia, pero no lo incluimos en esta lista sólo por la función social de su Ópera prima. En su caso la incógnita y el deseo recaen en el futuro, en su primera novela, que seguro saldrá de un material elaborado con finura, esmero, sinceridad y rechazo a lo impostado. En estos tiempos bastardos a veces parece que usar determinados vocablos sea herético. No, las palabras significan lo que significan, no hay que marear la perdiz con ellas. Javier López Menacho es auténtico como su obra. Las medias tintas no van en su decálogo. Cada uno de los autores de este elenco mima el lenguaje con absoluta devoción, cada uno a su manera, sin columnas churriguerescas en su horizonte, con el buen tino de abrazarlo para comunicar desde el amor al mot juste, economizando sin prescindir de la belleza del mismo.

López Menacho responde al instante mi petición del referente barcelonés. El suyo es vital y literario, casi un maestro que le acompaña y le inspira. Un nombre joven y académico, una figura que le proporciona seguridad, casi un padre desde su salto de Jerez a la Ciudad Condal:

" Hay muchos detalles que hacen que me sienta identificado con la figura del escritor Jorge Carrión, detalles que incluso exceden lo literario y entran más dentro del personaje. Es cronista y a mí me gusta el mundo de la crónica literaria. Lee y analiza cómics y yo amo los cómics. Es un experto en series y yo soy un espectador HBO. Combina alta cultura con media y baja cultura sin ningún tipo de pudor, y eso también me sucede a mí. Como escritor tiene dos cosas que admiro y quisiera, egoístamente, incorporar a mi literatura. Tiene un lenguaje muy visual a la hora de narrar. Narra y lo estás viendo. Sucede en "Los muertos", de marcado acento cinematográfico, pero también en "Norte es sur", por ejemplo. Él habla de La Boca y yo estoy viendo ese barrio canalla de perros callejeros. La otra cosa que destaco es su pulcritud, su obsesión por la frase exacta. Empiezan bien, se desarrollan estupendamente y acaban mejor. Quisiera llegar a esa disciplina autoimpuesta."

"Luego podría hablar de su visión periférica, de que huye de los terrenos comunes o de la poesía que impregna su concepción del mundo, pero me quedo fundamentalmente con lo citado anteriormente. En el fondo, es notorio que combina a la perfección dos aspectos fundamentales para cualquier escritor: pasión y formación. Y eso es, ni más menos, a lo que aspira uno."

JENN DÍAZ O LA MADUREZ AVANT LA LETTRE